

registrar los bolsillos del muerto. Yo tuve la honra insigne de comer junto al sargento Saunders; y algunos días después, mi criado y yo, hacíamos compañía á los golden-daggers para dirigirnos hácia los placeres del río del Sacramento.

El vizconde se calló y tomó una silla.

Un silencio completo reinó en el retrete de la marquesa.

El fin de la historia, para emplear un tecnicismo del teatro, *se arrastraba* y no producía absolutamente efecto.

Habia para esto muchas razones: primeramente no había lo que se llama un desenlace; en segundo lugar, la muerte del Gallois Nick, carecia de esas excusas, nacidas de la violencia de la pasión que lo hacen perdonar todo. Con algunas palabras de más, y algun cuidado para preparar la escena, el señor de Villiers hubiera hecho horripilar á su auditorio.

Aquellas señoras se veían casi tentadas de compadecer al pobre Nick.

El vizconde misterioso había tomado lugar al lado del vizconde de los misterios, la misma historia de la leyenda de los golden-daggers.

CONTINUACION DE LA LEYENDA
DE LOS GOLDEN-DAGGERS.

Ya lo hemos dicho: el vizconde estaba preocupado: por eso era por lo que había descuidado completamente todas las preparaciones oratorias. Si alguno hubiera tenido interés en ese momento en escudriñar su conciencia, tal vez hubiera hallado un rasgo de luz en las últimas palabras del vizconde, que dijo al sentarse, con cierto abandono:

—Habeis oído hablar de eso, señor Leslie?

—Sí! respondió Jorge.

Cosa singular! esta lacónica respuesta

ALFONSO ALFONSO
UNIVERSITARIA
U. A. N. E.

impresionó al círculo de oyentes mas vivamente que la narracion misma. No sé qué atmósfera romancesca se respira entre los que están reunidos para escuchar historias. Sin que nadie hubiera comunicado sus ideas á su vecino, cada cual tuvo como un vago presentimiento de que habia pendiente quién sabe qué drama.

El prólogo misterioso habia tenido lugar, allá lejos, del otro lado de los mares; la misteriosa accion proseguia aquí, en medio de los brillantes resplandores de la civilizacion parisiense!

La marquesa sola, estaba contenta. Qué buena marquesa!

—Dadle las gracias al señor vizconde, señoras! exclamó indignada por la frialdad del auditorio. Vaya que esas sí me parecen aventuras interesantes! Pero permitidme una pregunta, primo.... No nos habeis dicho, á todo esto, por qué esos pícaros se llamaban *Cuchillos de Oro*....

—Lo ignoro absolutamente, prima....

Apenas creo que haya algun motivo para esa denominacion estraña....

Estais equivocado, señor vizconde, dijo

Jorge Leslie: esa denominacion tiene una causa.

—La conoceis vos!

—La conozco.

—Señor Jorge Leslie, dijo Enrique; creo ser el intérprete del deseo de estas señoras rogándoos que nos deis noticias sobre ese punto.

—Ciertamente! ciertamente! dijo la marquesa volviéndose inmediatamente hácia Jorge.

—Por qué no me deciais, añadió con un tono de amable reconvenccion dirigiéndose al general, que vuestro protegido sabia historias?

—Tal vez nunca me las ha contado á mí, hermosa señora, respondió el general.

Jorge se ruborizó, como siempre que veia un círculo de miradas fijadas sobre él.

Pero dominó bien pronto esa turbacion, y comenzó con un tono sencillo y preciso:

“En la montaña nevada se refiere así la leyenda de los golden-daggers:

“Hácia fines del siglo último, habia en el lugar en donde está ahora el campanen-

to del mayor y de sus compañeros, una aldea de indios Panies. Sus padres habian sido arrojados mas allá de las cordilleras por los invasores ingleses. Eran numerosos. Sus ganados pastaban por ambos lados de la montaña y sus percas se estendian hasta el Colorado.

“Su gefe era un gran guerrero que tenia por nombre Aganiz.

La provincia de Nueva-Navarra tenia entonces por gobernador al duque de Medina Sidonia.

“Los Panies blancos (nuestros indios se llamaban así) defendian su fronteras contra las incursiones de los ingleses y aun contra la de otros indios. Le llamaban su padre, y Aganiz habia ido á fumar el *calumet* de paz á la ciudad de San Diego, en donde se hallaba el palacio del gobernador.

“Un dia los soldados de Nueva Navarra, vinieron á cazar los caballos de los Panies. Dos diputados fueron enviados al gobernador para pedirle justicia. . . .

“Los Panies blancos eran una raza altiva: los diputados hablaron con demasiado

orgullo. El gobernador ofendido los mandó azotar con unas varas.

“Cuando se supo esto en la montaña, Aganiz mandó encender una luminaria en la cumbre de ese monte que se llama ahora el Golden-dagger.

“A la noche siguiente, seiscientos Panies estaban rennidos en torno de las cenizas de aquella luminaria.

“Celebraron consejo. La muerte del gobernador quedó resuelta, y la suerte designó al mismo Aganiz para que ejecutara la sentencia.

“Aganiz tomó su tomahak y lo arrojó en el torrente.

—El fué quien me dió mi tomahak! dijo.

Rompió su arco contra sus rodillas y echó su carcax al fuego.

—El fué quien me dió mis flechas y mi arco! dijo por segunda vez.

“Hizo un agujero en el suelo, y metió allí su cuchillo de monte, diciendo:

—El fué quien me dió mi cuchillo. . . .

Con qué quereis que mate yo á mi padre!

“Los Sachems respondieron:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

—Es preciso que vuestro padre muera! queremos su cabellera!. . . .

“Aganis enterró su pipa junto á su cuchillo, y lloró.

—El tambien fué quien me dió mi pipa!

“Tomó todas las pepitas de oro que habia recogido para comprar aguardiente, y descendió á la llanura.

“Fuese en derechura hasta que encontró una aldea española.

“Entró en una herrería y dijo al herrero: —Hazme un cuchillo de oro.

“Con ese cuchillo de oro dió muerte al gobernador, y le quitó la cabellera.

“Los españoles dieron á los Pawns ó Panies, á quienes desde entonces se persiguió como á bestias feroces, el nombre de *Cuchillos de Oro*. Los Panies adoptaron ellos mismos el nombre con orgullo.

“Este nombre es el que los americanos han traducido con las palabras *golden-daggers*.

“En 1846, poco tiempo después de que México hubo cedido la California á los Es-

tados- Unidos, siete *convictos* escapados de Botany-Bay atravesaron el océano Pacífico en una débil harca, y fueron á desembarcar sobre las costas del Oregon.

“Eran unos hombres intrépidos. Descansaron un instante en el pais, y comenzaron su direccion al sur.

“Habia allí una gran disputa entre los restos de la tribu Panie, reducida á una veintena de guerreros y un grupo de aventureros del Tenesse que habian descubierto un lecho considerable de oro en la falda del Golden-dagger. Los convictos ayudaron á los Cuchillos de Oro á arrojar á los aventureros americanos; y luego hicieron *mera* limpia con los Cuchillos de Oro.

“La matanza tuvo lugar en la noche.

“Un solo Panie logró escaparse, y se sometió á los vencedores.

“Es el mismo de quien el señor vizconde ha hablado á estas señoras; el mismo cuyo rostro rojizo y pintarrajeado percibió, y cuyos ojos le parecieron brasas entre el bosque de pinos. Se llama Towah, y es el servidor particular del mayor.

La banda victoriosa tomó el nombre y se

apoderó del campamento de los cuchillos de oro.....

—Es muy curioso todo eso, dijo el vizconde Enrique. Cuando pienso que poseo tal vez el cuchillo de oro que sirvió para arrancar la cabellera al duque de Medina Sidonia!.....

—No! contestó Jorge Leslic; el mayor es quien posee ese cuchillo. No os hubiera dejado tomarlo por nada de este mundo.

Algunos decian en el círculo:

—Volvemos á los tiempos de las Mil y una noches!, ... Y pasan estas cosas en la mitad del siglo XIX!.....

El general O'Brien se inclinó hácia el oído de la marquesa, y le dijo algunas palabras en voz baja.

—De veras? exclamó la buena señora á quien la boca se le hacia agua.

—Es muy tímido delante de las gentes, replicó el general.

La marquesa se levantó y corrió hácia Jorge.

—Caballero, le dijo, vuestras aventuras tan curiosas.....

—Si yo no he tenido aventuras, señora,

le interrumpió Jorge, á quien la atencion general turbaba visiblemente.

—No quereis contarnos algunos de esos dramas maravillosos á los cuales habeis asistido?

Jorge lanzó al anciano general una mirada de reconvencion.

El general se sonreia.

—Vamos, Leslie, le dijo; haced un esfuerzo.

—Señoras, continuaba la marquesa; acudid en mi socorro para obligar á este caballero!.....

Jorge habia sido colocado en el centro del círculo. Veinte lindas bocas le sonreian.

Sus ojos se bajaron, despues de haber buscado en vano la mirada de Elena, que parecia soñar.

—No sé mas que una historia, dijo al fin Jorge; es la de ese hombre á quien el señor de Villiers vió pasar sobre unas parihuelas, con la cabeza envuelta en un pañuelo.....

—El prisionero de los Vecinos! exclamaron por todas partes.

CASILLAS ALFONGINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. E.

—El gefe de los golden-daggers! añadió Enrique que cubria á Jorge con una mirada fija é inquieta.

—Decid! decid! exclamó el círculo entero.

—Sea! exclamó Jorge Leslie cuya voz tomó un acento grave. La relacion del señor vizconde le ha impreso de antemano á la mia una especie de interes.... Voy á referiros las aventuras del jóven conde Alberto de Rosen, el mayor de los cuchillos de la montaña!

VII

EL MAYOR

—El conde Alberto de Rosen, dijo Jorge despues de haber permanecido meditando un momento, es el descendiente de una gran familia magyar. Su padre, el general Karoly, fué hecho conde de Rosen por el emperador José. Antes de ser conde, Karoly era casi rey, puesto que gobernaba en calidad de ban hereditario de Kaposvar, todo el pais situado en torno del lago Baratou, hasta mas allá de los inmensos bosques de Baccon.

En esas montañas de la América occidental, en donde le encontré, he visto al conde Alberto llorar lágrimas de sangre al